



GONZÁLEZ DE DURANA, Javier

Las Exposiciones de Arte Moderno de Bilbao. 1900-1910. Un intento modernizador pagado con espinas de indiferencia

Vitoria-Gasteiz : Ediciones Bassarai, 2007. – 323 p. : il. ; 24 cm. – ISBN 978-84-96636-03-8.

La aparición de un libro de estas características reitera la necesidad de rellenar los innumerables vacíos que restan aún por cubrir en relación a la historia del arte en el País Vasco. Si bien es cierto que contamos con algunos textos generales y con notables monografías, una de ellas el estudio del propio J. González de Durana sobre Adolfo Guiard, también lo es el hecho de que no pocos de nuestros pintores y escultores están a la espera de una rigurosa investigación en profundidad, siendo el caso de Valentín de Zubiaurre quizá uno de los más sangrantes.

Celebramos así la llegada de un estudio sobre las “famosas” Exposiciones de Arte Moderno de Bilbao. Un capítulo que suponíamos importante dadas las continuas referencias no sólo por parte de historiadores locales sino, como señala el mismo autor en la Introducción, por parte de estudiosos en el ámbito nacional. Citas puntuales, referencias sesgadas, alusiones a algunos de los árboles que componían este rico y frondoso bosque de las exposiciones bilbaínas, repleto de ejemplares de muy diversa índole y grosor y atravesado por vericuetos, arroyos y matorrales, pero muy desconocido para la historiografía. De ahí que nos congratulemos de la aparición del presente trabajo, un excelente estudio que, como sucede con otras obras del mismo autor –y me viene a la memoria otra obra fundamental: *Ideologías artísticas en el País Vasco de 1900. Arte y política en los orígenes de la modernidad*–, pasará a convertirse en referente imprescindible a la hora de abordar tanto el tema concreto al que alude como, dada su incidencia y complejidad, todo lo referente a sus protagonistas, es decir, la casi totalidad de los artistas activos en este periodo y en el inmediatamente posterior.

Un momento, por otra parte, apasionante de la historia del arte en el País Vasco que ilustra la contradictoria condición de una ciudad como Bilbao, gestada al ritmo trepidante impuesto por una tardía pero voraz industrialización, que logra cuadruplicar su población en apenas tres décadas. Una ciudad en pleno y frenético desarrollo urbano y donde las fuerzas modernizadoras entablan su lucha frente a las nostalgias románticas de una tradición que se esfuma. Una ciudad que pese a una carencia de fuertes raíces artísticas, se sitúa a la cabeza de las modernas actividades artísticas de todo el País. Una ciudad que logra un avanzado nivel cultural reflejado en la creciente proliferación de artistas e intelectuales, que edita un buen número de periódicos, con una arraigada afición a la música y a la ópera, pero en la que esa burguesía de nuevo cuño no logra afianzar un mercado para el arte. Citando al propio autor, una ciudad que “vivió la aparente paradoja de una sociedad muy avanzada en los campos industriales, navieros y financieros, pero neotradicionales en cuestiones artísticas”.

Bilbao, a pesar de contar con un nutrido número de artistas, no consigue hacerse ni con marchantes ni con galeristas, ni siquiera con lugares expositivos adecuados para difundir sus obras. En principio fueron las aulas de unas escuelas (las de Berástegui) las encargadas de acoger las muestras, para pasar el relevo a los igualmente inadecuados locales de la recién estrenada Sociedad Filarmónica de Bilbao. Esto no quita para que al mismo tiempo surgiera un crítico de la talla de Juan de la Encina, verdadero animador e impulsor de toda iniciativa por arriesgada que fuese y en buena manera responsable de desvelar una trama común, un cierto nexo, entre los artistas. Él fue también responsable de la introducción de los artistas vascos en los foros nacionales, concretamente Madrid, donde gozaba de un reconocido prestigio como crítico y teórico. Por otro lado, la insistencia por parte de pintores y escultores por conseguir un Museo de Bellas Artes para la ciudad parecía comenzar a dar sus frutos.

Las exposiciones bilbaínas sirvieron para poner de manifiesto la desoladora situación de los artistas y la necesidad de unir sus escasas fuerzas, de asociarse para dar a conocer su obra, para mostrarla y difundirla a nivel nacional e internacional, ya que siempre aspiraron a ser reconocidos en París, garantía de que luego lo serían aquí, y sobre todo para intentar abrir un mercado, de modo que no es casual que, tras la última de las exposiciones reseñadas, la de 1910, se creara la famosa Asociación de Artistas Vascos, que también ha sido objeto de una destacada y fundamental monografía realizada por Pilar Mur.

A pesar del precario entramado sobre el que se asentó la práctica artística en el curso de aquellos años, se pudieron celebrar estas seis Exposiciones de Arte Moderno y lo hicieron en un periodo de tan sólo diez años. Fueron unas manifestaciones insólitas por su audacia, dado que en ellas participaron los creadores más inquietos de cuantos componían la nómina de artistas a nivel nacional. Éste es uno de los motivos, como decíamos, de que hayan sido a lo largo de los años motivo de continuas referencias, cuando no de alabanzas, y ello a pesar de que carecíamos de una fundada información sobre las mismas. Quizá uno de los motivos de este desconocimiento se hallaba en la dificultad de dar unidad a las noticias sueltas y a los datos y referencias repartidos en los más diversos documentos.

En este sentido es preciso valorar el esfuerzo que ha supuesto la recopilación de todo ese material, pesquisa para la que el autor ha rastreado una documentación compleja y dispersa en ocasiones, dentro de cartas (algunas inéditas), catálogos, periódicos, folletos, etc. Esta labor de recolección, ordenación y sistematización ha permitido finalmente obtener una visión de conjunto que resultaba necesaria.

En el inicio del libro el autor sitúa los nombres de nuestros artistas ordenados y cuantificados en cuadros esquemáticos, de modo que así conocemos quiénes fueron los promotores de las muestras y quiénes ejercieron más como un apoyo moral o ideológico. Cuántos artistas participaron en las mismas, quiénes repitieron y cuántas veces, qué artistas participantes eran vascos y quiénes foráneos... y toda una serie de cuestiones derivadas de esos datos objetivos que nos ayudan a centrar el tema. Una fórmula que ya ensayara el mismo J. González de Durana en su artículo de 1987 para la revista *Kobie*, escrito junto a K. de Barañano, "La Exposición Internacional de Pintura y Escultura. Bilbao, 1919".

Tras la Introducción, a modo de capítulos se nos presentan las seis exposiciones acompañadas con una reproducción de su catálogo con las obras expuestas, una descripción de los acontecimientos vividos por parte de los responsables en lo rela-

tivo a la organización de la exposición, su desarrollo, las ventas, las impresiones de la crítica de arte, etc.

En cuanto a la organización de los capítulos podemos observar, junto a cada enunciado del número de orden de la exposición, una frase introductoria, indicativa y a veces ilustrativa de lo que el lector va a encontrar en su contenido. En “La conexión catalana” se desvelan las posibles razones de poder contar para la primera exposición con algunos de los miembros de Els Quatre Gats. Seguidamente en “La conexión franco-belga” se destaca el papel jugado por Darío de Regoyos y por Zuloaga, en la íntima relación de los dos artistas con estos ámbitos europeos. Como también sabemos de un pretendido homenaje a Paul Gauguin, recientemente fallecido, gracias a “El homenaje interrumpido”. En la cuarta exposición, “El realojamiento pragmático”, se hace hincapié en la urgente necesidad de unos locales expositivos y el alivio, siempre relativo, que supuso el cambio de sede de las Escuelas a la Sociedad Filarmónica. En “La mezcla impura” se destacan las disensiones, disputas, cuando no enfrentamientos, que provocaba la selección de los artistas que debían participar en las muestras y hasta qué punto era ético y/o político exigir un marchamo de modernidad a los participantes. La sexta y última de las exposiciones reseñadas fue la que acogió un menor número de obras; la sensación de cansancio junto al desánimo que embargaba a los artistas tras los escasos resultados obtenidos en los certámenes precedentes hizo que “La reacción improvisada” creara un ambiente favorable para un salto cualitativo en todos los niveles que se tradujera en un relevo generacional. Un año después se crearía la ya citada Asociación de Artistas Vascos.

Como decíamos, estas frases aclaratorias que introducen a cada exposición nos invitan a abordar los contenidos de cada una de aquellas Exposiciones de Arte Moderno de Bilbao, exposiciones con las que los artistas trataban de vender sus cuadros y hacerse un hueco en el circuito comercial, al tiempo que ofrecían a la ciudad un servicio cultural que nadie ofertaba. En el trasfondo estaban los malos resultados económicos, la imposibilidad de “captar algo para sí mismos en el turbulento río del desarrollo de la economía liberal”, sus luchas con las instituciones, los propios problemas entre los artistas y, sobre todo, el sentimiento de incompreensión y desprecio que apreciaban por parte del público. Y en este sentido debemos volver sobre el mismo título del libro, donde tras presentarnos *Las Exposiciones de Arte Moderno de Bilbao* se nos advierte de que fueron *Un intento modernizador pagado con espinas de indiferencia*.

Pero si lo hasta ahora comentado, que se corresponde con la primera parte de la obra, resultaría en sí mismo interesante, hay que resaltar la importancia que sin duda tendrá para futuros investigadores su segunda parte, la referente a la Documentación. En ella se ofrece lo que constituye uno de sus grandes méritos: una amplísima compilación de todas las críticas de arte escritas con motivo de las exposiciones.

Nieves Basurto Ferro